

Cara y cruz de nuestros pueblos

LOS MIL Y UN MOTIVOS

Las primeras razones por las que un campesino emigra del pueblo son naturalmente de orden económico: la búsqueda de su pan. Pero a esa desazón contribuyen, además, otras razones de carácter muy diverso que han ido formando un estado de espíritu de huida de una realidad nada agradable hasta en los mil y un detalles de la vida diaria:

En el campo, por ejemplo, no existe el mínimo respeto al Derecho. Las gentes no tienen en regla ante la ley, ni siquiera las cosas más elementales como una compraventa o un testamento. Carecen de títulos de propiedad y guardan en sus arcas multitud de papeles mojados, como se los llama, o sea, documentos extendidos por ellos mismos o por un tercero que atestiguan una deuda o un haber o una cesión. La ignorancia de la ley ha hecho, por muchos años, que el cacique rural fuese el verdadero magistrado en todos los conflictos de intereses y si es verdad que ese poder caciquil ha disminuido hoy, sin embargo, siguen existiendo una serie de irregularidades jurídicas, pagos indebidos, obligaciones ficticias, etc., que se hace cumplir al campesino como si fuesen la letra de la ley. Pero al mundo del Derecho a causa de su inercia, y no acaba nunca de entender las cosas porque hasta tiene un temor reverencial de la ley, como si ésta hubiese sido hecha para oprimirle. Y no puede comprender, por ejemplo, como el usurero no cae nunca bajo el rigor de la ley, y, sin embargo, él, el pobre labrador, no puede retrasar ni un solo pago sin provocar el embargo.

La legislación social, por otra parte, queda casi toda ella en el papel, porque solamente cuando se da un conflicto es cuando intervienen los Tribunales, pero si este conflicto no llega a darse—en el campo se solucionan muchas cosas por las buenas—se puede vivir durante años en la injusticia. Y el campesino sabe que este estado de cosas es más difícil en la ciudad. Por eso envidia vivir en ella.

Como envidia desde la luz eléctrica hasta los servicios médicos. No existe un porcentaje muy elevado de pueblos y aldeas sin fluido eléctrico, pero este fluido está suministrado en unas condiciones tan defectuosas que apenas si lo hace útil. Las redes de distribución son sencillamente escandalosas y expuestas a accidentarse ante un simple viento un poco movido, mientras, a veces, la potencia eléctrica no es suficiente para hacer funcionar, por la noche, una máquina de afeitar eléctri-

ca. Luego están las interrupciones, las irregularidades, las apogías administrativas de las compañías de electricidad. Todo ello en un servicio de por sí caro. En el orden sanitario, y según recientes encuestas, todavía es muy amplio en los pueblos sin contar las pequeñas aldeas, el número de casas en condiciones inhabitables y, desde luego, lejanas de toda comodidad. Y, por supuesto, es mayor el número de pueblos sin agua corriente y sin alcantarillado, mientras en los corrales se amontonan la basura, los desechos de la comida y los cadáveres de animales que infectan el aire sobre todo en el verano, mientras en el invierno las casas son indefectiblemente húmedas y fomentan el reumatismo, cuando no afecciones de tipo pulmonar en las casas más modestas, auténticas cabinas de barro con el simple refugio de la cocina.

En muchos pueblos no existe farmacia, porque la farmacia en ellos no es rentable para nadie y parece que lo va siendo cada vez menos en todas partes, a medida que se va incrementando el éxodo de las gentes. Y también falta, con frecuencia, un elemental botiquín. Los diagnósticos médicos, que exhiben el informe de radiografía o análisis clínico, significan constantes desplazamientos a la capital, lo que, aun en los casos del Seguro de Enfermedad de prestación médica gratuita, lleva consigo gastos de comida y a veces estancia del enfermo y el familiar que le acompaña. Desde otro punto de vista, cierta concepción aristocrática de la medicina social exige que el médico rural obtenga el visto bueno de las Juntas médicas del Seguro de Enfermedad para poder prescribir ciertos medicamentos considerados muy caros y o el médico rural se vale de ingeniosos subterfugios o tiene que combatir la enfermedad en principio con medicamentos de efectividad más lenta y económica. Porque aquí no se puede acudir a las oficinas. Hay que esperar al correo.

Ese correo que tarda, a veces, varios días en hacer un recorrido ridículo de la capital a esos pueblos y por lo cual es inútil franquear una carta con sellos de urgencia. Como es inútil tratar de seguir un plan médico a base de carnes o pescados blancos y aun hasta fruta. Los vendedores ambulantes no están seguros de que puedan venderlos y, naturalmente, no se arriesgan. Cuando el hombre de la ciudad, que pasa unos días en el campo, comienza a quejarse de todas estas cosas y a proclamar en voz alta que él no podría tolerarlas durante mucho tiempo, él

campesino calla como suele hacer, pero con su silencio está diciendo que él ha nacido allí, y sin embargo, tampoco se ha acostumbrado a todo eso. Simplemente lo soporta.

Pero un día se va a cansar de soportarlo. Entonces emigra. Y quizás hace una locura, porque hasta poseía una pequeña propiedad que le permitía tirárselo, pero es que, además de comer, quiere ser hombre y las generaciones de campesinos jóvenes sobre todo están aprendiendo ahora que es un gran pecado el resignarse a ser hombre. Sin la pesadilla de todas esas dificultades y otras muchas que llegan a amargar una vida rural. Por eso es solamente demostrar que se posee un sentido materialista de la vida, cuando

se piensa solucionar el problema agrario de Castilla o del campo español en general con puras técnicas: la maquinaria, el crédito, etc. Todos los que piensan así parece ignoran que los campesinos son hombres a quienes, cada día, mil y un motivos están supe-

JOSE JIMENEZ LOZANO



CARA Y...

Préstamos para la agricultura

ENTRE las figuras que han tomado —desde siempre— carta de naturaleza en nuestro campo habría que destacar, en un sentido negativo, a dos tipos de gentes que han medrado a expensas del esfuerzo campesino. Uno de ellos, el cacique, institución funesta, verdadero dueño de los destinos del labrador. Una literatura regeneracionista, que va desde Joaquín Costa al recientemente fallecido Senador, ha dedicado sus más tremendos epítetos a esta clase de gentes, con conexiones políticas, muchas veces, en la ciudad, que disponían a su antojo de los votos, del trabajo y la nobleza del campesino.

Pero es a otra especie de personajes, el usurero, a quien vendría desterrar porque muchas veces, ambos aspectos, el del cacique y el del usurero toman cuerpo en una sola persona. La historia de la usura en el campo es tan vieja como la misma tierra, pero es lamentable que todavía subsistan estos ejemplares en nuestro campo, aprovechándose de las dificultades del agricultor modesto que no encuentra facilidades para el desarrollo de sus explotaciones, debido a una política crediticia poco flexible y amplia.

El recientemente creado Banco de Crédito Agrícola va a ini-

ciar la concesión de préstamos a los agricultores. La cuantía de estos créditos no podrá exceder del 70 por 100 de la inversión, con un límite de 40 millones de pesetas por empresa agraria. Los intereses resultarán ciertos y módicos. Para operaciones que no rebasen las 750.000 pesetas será de un 3,75 por 100 anual, y entre 750.000 a 250.000, el 4 por 100.

Ahora bien, se indica claramente que los préstamos únicamente podrán concederse para inversiones nuevas, excepto cuando se trate de peticiones para cancelación de crédito de prefinanciación autorizados por el Instituto de Crédito a Medio y Largo Plazo y se compruebe que las inversiones a que se refiere el crédito de prefinanciación se han realizado con posterioridad a la autorización de Institutos.

Por lo expuesto, parece deducirse que estas facilidades crediticias, que pueden alcanzar los doce años, no afectan a aquellos que precisen de la facilidad al objeto de mejorar su hacienda, o se encuentren ante dificultades económicas debidas a malos años agrícolas. El pequeño labrador, en lucha siempre con su problema económico, necesitará de créditos a largo plazo, no para la mejora de sus tierras solamente, sino para hacer frente a desembolsos importantes, especialmente antes de recoger sus cosechas.

Apenas verlos hacer cola ante las ventanillas de los Bancos y demás establecimientos de crédito, cuando no recurren fatalmente al usurero del lugar, que no es invención literaria, ni mucho menos, siempre dispuesto a «servirles», hundiéndoles más y más en el empobrecimiento.

M. A. P.

Unas muchachas de pueblo

MAS allá de las verdaderas estadísticas, que muchas veces sólo son la mitad de la verdad, mucho más lejos que los planes sobre la rehabilitación del campo, planes razonados unas veces, utópicos otras muchas, y sólo realizables a larguísimo plazo en su mayoría, más allá de lo irreal y mucho más cerca de la auténtica realidad humana.

La moderna filosofía existencial puso en circulación, hace algunos años, toda una teoría sobre la angustia vital. Esa angustia, a su modo, ya la habían inventado y la siguen viviendo en nuestros pueblos de Castilla. Hay todo un campo experimental, vivo y humano, para que un psicólogo pueda construir toda una teoría entre las gentes de nuestros pueblos. Si alguien quisiera hacer un estudio muy bien podría tomar como punto de partida «el ánimo de liberación que se esconde detrás de esa angustia vivida día a día con dramática repetición. Ese ánimo de liberarse del pueblo a toda costa, de salir del cerrado y mezquino ambiente a cambio de cualquier sacrificio; de comprobar que existe otro mundo fuera de los sudores mal retribuidos.

El corazón femenino, por sencillo o por complicado, éste es un enigma que ningún psicoanalista descifrará nunca, es más permeable a las sugerencias y a las emociones que lo que pueda ser su eterno enemigo y compañero el corazón del hombre.

El cine, la televisión, todo un mundo de imágenes, la literatura barata y lo que cuentan sus amigas influyen de manera decisiva en casi todas las mujeres del mundo y, ¡cómo no!, también en las muchachas de nuestros pueblos. El espejo de una vida fácil, cómoda, las atrae como al resto de los mortales. El digno sentimiento de mejorar su vida se convierte muchas veces en tentación inaplazable de cambiar su mundo de alejarse de su lugar, de salir de su ambiente. Las atrae todo lo que viene de fuera. Ni pueden ni quieren contentarse con lo de dentro. Es un hecho muy frecuente en nuestros pueblos el que las muchachas, todas esas jovencitas en edad de merecer, rechacen de continuo a sus pretendientes, a sus cortejadores, a los galanes nacidos y criados en su mismo lugar, a los que ven a diario en su pueblo.

No quieren casarse con ellos. No quieren tener hijos que vi-

van, como sus padres y abuelos, una existencia casi misera y raserera. Tampoco quieren ser ellas jóvenes prematuramente viejas como lo han sido, por generaciones y generaciones, sus madres y sus abuelas. Quieren lanzarse a otra vida, de la que esperan algo más que una existencia de privaciones y una vejez prematura.

En algunos de nuestros pueblos, el problema ha llegado a tal punto que existe como una tática lucha entre los dos sexos, como una muralla silenciosa que se alza entre ellos. Y no es raro ver el espectáculo de los balles en que las muchachas se emparejan entre ellas, rechazando la pareja masculina por un temor interno a verse algún día casadas y atadas para siempre a la vida de su pueblo. Sin embargo, aceptan con gusto la pareja del «forastero», del que viene de la ciudad, porque en él ven una esperanza de liberación, una escondida promesa de una vida mejor y más digna, aunque esta «promesa» en el fondo sea un «don nadie» que a los ojos ansiosos de la muchacha se transforma en inigualable príncipe azul por el sólo hecho de llevar corbata. Y... ¡menos mal si se casan!, como se suele decir. Pero, ¿y las que no se casan y abandonan su pueblo? Unas tienen buena suerte y encuentran trabajo en alguna fábrica de la capital, otras recorren las casas, sirviendo en ellas, y otras... Si, a estas otras se las puede ver «en alquiler» en cualquier cabaret de infima categoría de las grandes, populares y ricas capitales. Hasta algunos años, a estas «mozas de partido» se las reclutaba, casi en masa, en nuestros pueblos, para internarlas en las casas prohibidas. Hoy día, las casas prohibidas han abierto sus puertas y a las mismas muchachas se las puede ver paseando por las avenidas de nuestras grandes ciudades.

Pero la mujer, con su poderoso don de persuasión, arrastra consigo al hombre y también le hace concebir sueños y la juventud se aleja de los pueblos y nuestros pueblos se «despueblan». Y para solucionar este problema, el problema de tantas muchachas de nuestros pueblos, hay que adoptar soluciones urgentes, empezando por dar dignidad a sus personas y razón a su vida.

JAVIER PEREZ PELLON

Mecanización en el campo

EL proceso de mecanización del campo nacional va lento, demasiado lento. La primera de las razones que se encuentran para explicar esta tardanza en aplicar a la agricultura del país los suficientes medios mecánicos que mejoren su rentabilidad está, sin duda, en los escasos atractivos que encierra la explotación agraria en general. Existen otros motivos importantes, tales como el pago de la maquinaria, muchas veces costosa y de rendimientos lejanos. No obstante, la agricultura europea posee unos índices de mecanización ciertamente elevados.

Se carecen de cifras recientes relativas a la mano de obra que sería necesario trasladar del campo a la industria, en el supuesto de que fuera lograda una rápida y eficaz mecanización agrícola. Pueden cifrarse entre uno o dos millones de personas las que quedarían sin empleo definitivamente, si esta racionalización se logra. Pero por el momento no se vislumbra la posibilidad de un rápido cambio en la actual situación de la tierra en este sentido.

El índice de mecanización de la agricultura en España es de los más bajos de Europa. Tan sólo figuran por detrás de nuestro país Turquía y Portugal. Refiriéndonos al tractor, elemento de básica importancia en las labores campesinas, vemos que las cifras para España son de un tractor por cada 465 hectáreas, sólo superada por Turquía con un tractor por

cada 568 hectáreas y Portugal un tractor por cada 619. Por el contrario, la mayoría de los pueblos europeos utilizan un tractor por cada 25 hectáreas. Actualmente se compone el parque de tractores nacional de unas 90.000 unidades en uso, y una estadística oficial señala que la demanda no ha aumentado en el año 1962, puesto que la fabricación de tractores nacionales ha decrecido sensiblemente. En el transcurso de 1961 se fabricaron unos 10.500 tractores, en tanto que a finales de 1962 esta cantidad quedó reducida a poco más de 8.000. Sin que entremos en específicas y particulares razones, entre ellas la de la importación, habrá que convenir que este déficit que se observa no destaca precisamente un avance en el terreno de la mecanización.

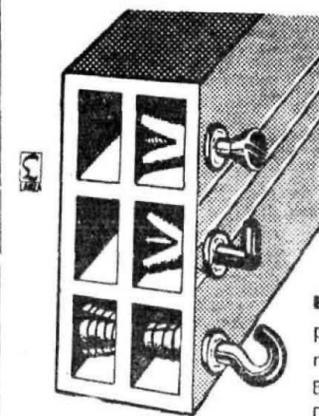
Refiriéndose a Castilla, se advierte que la mecanización va más lenta que en otras zonas. Así, figuran las provincias de Valladolid, Palencia, Avila, Soria, Burgos, Cuenca y otras, con el empleo de un tractor entre 201 y 400 hectáreas.

Hay una auténtica demanda para este práctico vehículo tanto para el de fabricación nacional como para los de importación. También hay que señalar que se conceden facilidades no solamente por parte de los fabricantes, sino por los organismos oficiales, tales como el Banco de Crédito Agrícola. Pero, a pesar de estas facilidades, el problema de la adquisición de un modesto tractor, y no mencionamos otras más costosas máquinas agrícolas, hace que amplias zonas de la agricultura modesta no encuentren el suficiente desahogo económico para embarcarse en la aventura de su compra a plazos. En Castilla, además, llueve sobre mojado tras las catastróficas cosechas de estos últimos años. Buena parte del campesinado de nuestras tierras anda em-

peñado en créditos, muchas veces bancarios; es decir, sin el interés bajo de los concedidos por las entidades del Estado, y las letras se van renovando año tras año sin esperanza de su cancelación. Y buena parte de esta petición de dinero es para hacer frente a necesidades básicas, tales como la compra de semilla o elementales atenciones del hogar. Y es que no puede hablarse de la adquisición de un tractor cuando falta lo esencial.

MIGUEL ANGEL PASTOR

FOTOS:
PELIX ANTONIO



TACOS
HOPAMA
MARCA REGISTRADA
PATENTADOS

EL TACO IDEAL para ladrillo hueco y macizo
EL GRAN SUSTITUTO DEL TACO DE MADERA

EN EL MUNDO ENTERO HOPAMA ES EL PRIMERO

DE VENTA EN FERRETERIAS
CASAS DE ELECTRICIDAD
Y SANEAMIENTOS



...CRUZ

COMO EN VISITA

LA modificación de las estructuras agrícolas viene siendo tema de hondos y extensos estudios. Se apunta más a la reestructuración económica. Puede que ello sea consecuencia de la comprobación de un hecho simple: la fuerza determinante que la configuración económica del campo ejerce en la conformación social. No cabe duda, sin embargo, de que se precisa para que el esfuerzo fructifique una honda transformación de la mentalidad de los hombres que viven en el campo y al campo sirven. El labriego necesita hoy, tanto como un pan abundante y un hogar saneado, una administración ágil, una justicia exacta, una educación eficiente, una sanidad vigilada, una información asequible, una espiritualidad moderna. Necesita, en fin, un modo de vida que justifique el gozo y el sobresalto de la existencia campesina.

Hay un quehacer inmenso en las zonas rurales de nuestro país, pero esa tarea no incumbe sólo a los hombres que moran en la ciudad, antes bien, pensamos que el puesto de vanguardia está reservado a determinados habitantes de los pueblos: los profesionales. Hay muchos ejemplos de abnegada entrega, de superación entre los

maestros, sacerdotes, médicos, veterinarios, funcionarios de la Administración pública, farmacéuticos y técnicos, pero existen también quienes, desempeñando oficios que a tanto obligan, se desentienden de la realidad inmediata para vegetar en una comodidad insultante. No queremos decir que no cumplan estrictamente con su deber, con la mínima función a la que los obliga el cargo, no, no es eso. Llamamos la atención sobre la tremenda responsabilidad de esas personas que, pudiendo ser centro polarizador de útiles orientaciones, se apoltronan en una actitud pasiva, mientras sus convecinos, indefensos por ignorantes y postrados por desvalidos, sucumben sin remedio, ¡cuánto ganarían nuestros pueblos si las tertulias y las apartidistas de los profesionales se transformasen en reuniones de coordinación y de estudio de los problemas comunitarios para orientar y ayudar a los demás! Habrá siempre un pretexto justificativo para mantenerse en esa actitud de blanda inhibición. La más frecuente será ésta:

«Yo no estoy aquí para eso». Se ignora así la norma de servicio que el detentar el privilegio de la cultura impo-

ne. Convendría que en esta hora de reflexiones sobre los problemas del campo se estudiara la conveniencia de incluir en los programas de las oposiciones a todos los cuerpos que tienen destinos en el ámbito rural una serie de orientaciones sobre sociología agraria, pero, sobre todo, que se vigilase cuidadosamente la conducta antisocial de ciertos profesionales que moran en los pueblos y no los viven. No más zánganos antisociales en la sacrificada colmena de nuestra agricultura. Den esos profesionales que los que tienen, porque para eso se lo prestó la sociedad, y poco a poco irá cambiando la mentalidad de nuestras gentes labradoras, base indispensable para un progreso eficaz.

MIGUEL JORGE MOLERO

